Muero en la comunion de nuestra santa madre la Iglesia católica apostólica y romana.

La revolucion nos ha dado muchas lecciones; ¿pero hay una sola comparable á esta? ¡Napoleon y Luis XVI haciendo la misma profesion de fe! ¿Quereis saber el precio de la cruz? Buscad en el mundo entero lo que mas conviene á la virtud desgraciada ó al hombre de genio moribundo.

El 3 de mayo Bonaparte se hizo administrar la Estrema-uncion, y recibió el Santo Viático. El silencio del aposento no era interrumpido sino por el estertor de la muerte, mezclado al ruido regular de un péndulo. El 4 estalló la tempestad de la agonía de Cromwell, y casi todos los árboles de Longwood fueron desarraigados; y el 5, en fin, á las seis menos once minutos de la tarde, en medio de los vientos, de la lluvia y del estrépito de las olas, Bonaparte entregó á Dios el mas poderoso soplo de vida que jamás haya animado al barro humano. Las últimas palabras que se recogieron sobre los labios del conquistador fueon: *Cabeza... ejército, ó cabeza de ejército.* Su pensamiento erraba aun en medio de los combates. Cuando cerró para siempre los ojos, su espada, muerta con él, estaba tendida á su izquierda, y un Crucifijo descansaba sobre su pecho: el símbolo pacífico, aplicado al corazon de Napoleon, calmó las palpitaciones de este corazon, como un rayo del cielo hace caer las olas agitadas.

FUNERALES.

Bonaparte deseó primero ser enterrado en la catedral de Ajaccio, mas despues, por un codicilo de 16 de abril de 1821, legó sus huesos á la Francia. El cielo le habia servido mejor, y su verdadero mausoleo es la roca donde espiró (véase mi narracion acerca de la muerte del duque de Enghien). Previendo Bonaparte la oposicion del gobierno inglés á sus últimas voluntades, hizo eleccion eventual de una sepultura en Santa Elena.

En un valle estrecho, llamado de *Slane* ó de *Geranium*, ahora del *Sepulcro*, corre una fuente, donde

MUERTE DE NAPOLEON.

los domésticos chinos de Napoleon, fieles como los javaneses de Camoens, habian acostumbrado á llenar sus ánforas; dos llorones se inclinan sobre la fuente, y una yerba fresca, sembrada de *tchampas*, crece enrededor. «El tchampas, á pesar de su brillo y de su perfume, no es una planta que se busca, porque florece sobre las tumbas,» dicen las poesías sanscritas.

Bonaparte se complacia en los llorones de la fuente y pedia la paz al valle de Slane, como Dante desterrado pedia la paz al claustro de Corvo. En agradecimiento al reposo pasajero de que allí gozó en los últimos dias de su vida, indicó este valle para abrigo de su descanso eterno. Hablando de la fuente, decia: —«Si Dios quisiera que me restableciese, elevaria un monumento en el sitio donde ella surge.» Este monumento fue su tumba. En tiempo de Plutarco, en un lugar consagrado á las ninfas, á orillas del Strymon aun se veia un sitial de piedra, en el cual se habia sentado Alejandro.

Napoleon, con botas y espuelas, en uniforme de coronel de la guardia, y condecorado con la legion de honor, fue expuesto muerto en su lecho de hierro. Sobre este rostro que jamás se asustó, el alma al retirarse habia dejado un estupor sublime. Los plomeros y carpinteros clavaron y encerraron á Napoleon en un cuádruple féretro, pues parecia temerse que jamás estaria bastante aprisionado. La capa que el

vencedor de otros tiempos llevaba en los vastos funerales de Marengo sirvió de paño mortuorio del ataud.

Las exequias se celebraron el 28 de mayo con un tiempo hermoso. Cuatro caballos conducidos por palafreneros á pié tiraban del carro fúnebre que iba rodeado de veinte y cuatro granaderos ingleses sin armas, y detrás el caballo de Napoleon. La guarnicion de la isla ocupaba los precipicios del camino; tres escuadrones de dragones precedian al féretro y el regimiento de infantería número 20: los soldados de marina, los voluntarios de Santa Elena y la artillería real con quince piezas, cerraban la marcha. Grupos de músicos, colocados de distancia en distancia, tocaban aires fúnebres. En un desfiladero se detuvo el carro fúnebre, y los veinte y cuatro granaderos tuvieron el honor de llevar el cuerpo en sus hombros hasta la sepultura. Tres salvas de artillería saludaron los restos de Napoleon en el momento de bajar á la fosa: una piedra que debia ser empleada en la construccion de una nueva casa para el desterrado, sirve ahora para cerrar su último calabozo.

Recitáronse los versículos del sálmo 87: «Yo he sido pobre y lleno de trabajos en mi juventud; he sido ensalzado y despues humillado... he sido herido por vuestra cólera.» De minuto en minuto disparaba el navío almirante, y á esta armonía de la guerra, perdida en la inmensidad del Océano, respondia al *requiescat in pace* El emperador enterrado por sus vencedores de Waterloo, habia oido el primer cañonazo de esta batalla, pero no oia la última detonacion con que la Inglaterra turbaba y honraba su sueño en Santa Elena.

Lord Byron creyó que el dictador de los reyes habia abdicado su fama, y que iba á extinguirse olvidado. El poeta hubiera debido saber que el destino de Napoleon era una musa, como todos los otros destinos. La soledad del destierro y de la tumba de Napoleon ha derramado sobre una memoria brillante otra especie de prestigio. Alejandro no murió á los ojos de la Grecia, sino que desapareció en las soberbias lontananzas de Babilonia. Bonaparte no ha muerto á los ojos de la Francia, sino que se ha perdido en los fastuosos horizontes de las zonas tórridas. Duerme como un ermitaño ó como un pária en un valle, en el extremo de un rendero desierto. Las naciones están ausentes de él, su multitud se ha retirado. El pájaro de los trópicos, dice Buffon, uncido *al carro del sol*, se precipita desde el astro de la luz; ¿dónde descansa hoy dia? Descansa sobre las cenizas cuyo peso ha hecho inclinar el globo.

DESTRUCCION DEL MUNDO NAPOLEONICO.

Imposuerunt omnes sibi diademata, post mortem ejus... et multiplicata sunt mala in terra (MACHAB).

«Todos se apoderaron de la diadema despues de su muerte, y se multiplicaron los males sobre la tierra.»

Estas palabras del libro de los Macabeos respecto á Alejandro parecen haberse escrito para Napoleon. «Se han repartido sus coronas y se han multiplicado los males sobre la tierra.» Veinte años han trascurrido apenas desde la muerte de Napoleon, y ya no existen ni la monarquía francesa ni la española. El mapa universal ha cambiado, y nos hemos visto en la precision de aprender una geografía nueva: separados de sus soberanos legítimos, los pueblos se han arrojado en los brazos de reyes aventureros; actores de nombradía han desaparecido de la escena, reemplazándoles en ella cómicos desconocidos; los águilas se han remontado hasta el espacio invisible desde la copa del alto pino sumido en el mar, y las débiles conchas se agarran todavía con fuerza á la corteza del tronco protector. Como en último resultado todo se encamina á su fin, *el terrible espíritu de innovacion que corria el mundo*, de que hablaba el emperador, y al cual habia opuesto el dique de su genio, ha vuelto á emprender su desesperada carrera; las instituciones del conquistador se debilitan, porque la última de las grandes existencias individuales será la suya, porque nadie dominará ya en las sociedades ínimas niveladas, porque la sombra de Napoleon se levantará solitaria en la extremidad del viejo mundo destruido, como el fantasma del diluvio al borde del abismo. La posteridad mas remota descubrirá esta sombra á través de la nada en que desaparecen los siglos desconocidos, hasta el dia señalado para el renacimiento de la sociedad.

MIS ULTIMAS RELACIONES CON BONAPARTE.

Supuesto que escribo mi propia vida al ocuparme de otras agenas, grandes ó pequeñas, me veo precisado á mezclarla con los hombres y los acontecimientos, cuando por casualidad lo requiere mi propósito. ¿He olvidado acaso completamente, sin detenerme alguna vez en su recuerdo, al ilustre deportado que en su prision colonial esperaba la ejecucion de la sentencia de Dios? No.

Napoleon hizo conmigo la paz, que nunca firmó con sus carceleros coronados: yo tambien soy como él, hijo de las olas: como él, nací en una roca á orillas del mar, y me precio de haber conocido á Napoleon mucho mejor que los que le han visto con mas frecuencia y han permanecido mas tiempo á su lado.

Napoleon, no teniendo ya motivo en Santa Elena para seguir irritado contra mí, renunció á la enemiga que me habia profesado: mas justo yo tambien despues de su caida, escribí en *El Conservador* el siguiente artículo:

«Los pueblos han llamado á Bonaparte un azote; pero este signo de la cólera de Dios conserva siempre algo de la grandeza y de la expresion eterna que revela su orígen divino. *Ossa arida... dabo vobis spiritum et vivetis.* «Huesos áridos, os enviaré mi aliento y viviréis.» Nacido en una isla para morir en otra, situada en los límites de tres continentes; arrojado al medio de los mares en que Camoens profetizó tal vez su presencia al colocar en ellos el genio de las tempestades, Bonaparte no puede removerse en su roca sin que un sacudimiento nos lo advierta, porque un paso dado en el otro polo por el nuevo Adamastor, se hará sentir en el nuestro. Si Napoleon, libre de sus cadenas, se retirase á los Estados-Unidos, sus miradas fijas en el Océano bastarian para turbar á los pueblos del antiguo mundo, y su existencia en la ribera americana del Atlántico haria que la Europa se viese obligada á establecer un campamento general en la ribera opuesta.»

Bonaparte leyó este artículo en Santa-Elena; con él derramaba una mano que creia enemiga el último bálsamo sobre sus heridas, y dijo á Montholon:

«Si en 1814 y en 1815 no se hubiese colocado la confianza real en hombres inferiores á las circunstancias, ó que renegando de su patria solo ven la salvacion y la gloria del trono en el yugo de la Santa Alianza; si el duque de Richelieu, cuya ambicion tuvo el objeto de libertar á su país de las bayonetas extranjeras, ó Chateaubriand, que ha prestado eminentes servicios en Gante, hubiesen tenido á su cargo la direccion de los negocios, la Francia seria hoy poderosa y temida, en consecuencia de las dos últimas y grandes crisis nacionales. Chateaubriand ha recibido de la naturaleza el fuego sagrado de la inspiracion; sus obras lo acreditan; en ellas no predomina el estilo de Racine, sino el del profeta. Si algun dia llega Chateau-

briand á empuñar el timon del Estado, podrá equivocarse y sucumbir. ¡Tantos son los que se han perdido al hacer la prueba! Pero lo indudable es que todo lo grande y nacional debe convenir á su genio, y que hubiera rechazado con indignacion esos actos infamantes de una administracion vengativa.»

Estas han sido mis últimas relaciones con Bonaparte. ¿Por qué no he de confesar que sus palabras *halagan la orgullosa debilidad de mi corazon*? Muchos hombres pigmeos, á quienes he hecho grandes servicios, me han juzgado menos favorablemente que el gigante cuyo poder me habia atrevido á combatir.

SANTA-ELENA DESPUES DE LA MUERTE DE NAPOLEON.

Mientras desaparecia el mundo napoleónico, procuraba yo informarme de los sitios en que su estrella se habia eclipsado. El sepulcro de Santa-Elena ha gastado ya uno de sus contemporáneos sauces, y aquel árbol decrépito y caido se ve mutilado continuamente por los peregrinos. El sepulcro está cercado de una verja de hierro colado, y tres losas trasversales se inclinan hácia el foso, en cuyas extremidades crecen algunos iris; la fuente del valle destila aun sus aguas en aquellos prados que guardan los restos del hombre prodigioso. Los viajeros arrojados á la isla por las tempestades, consignan la oscuridad de sus nombres en aquella ilustre tumba; una anciana se ha establecido allí cerca para vivir con la sombra de sus recuerdos, y un inválido centinela ocupa la garita inmediata.

El antiguo Longwood, situado á doscientos pasos del nuevo, está abandonado. Despues de atravesar un cercado lleno de estiércol, se entra en una caballeriza, que servia de dormitorio á Bonaparte. Un negro enseña á los viajeros un pasillo, ocupado hoy por un molino de mano, y les dice: *There he dead*: aquí murió. El aposento en que nació Napoleon no seria probablemente mas espacioso ni mas rico.

En el nuevo Longwood ó sea Plantation-house, y en casa del gobernador, se ven por todas partes retratos del duque de Wellington y cuadros que representan sus batallas: un escaparate con puertas de cristales encierra un pedazo del árbol á cuyo lado estuvo el general inglés durante la batalla de Waterloo, y se halla colocado entre una rama cogida en el jardin del monte Olivete, y varios adornos de los salvajes de la mar del Sur: peregrina asociacion hecha por los que tanto abusan de sus fuerzas marítimas. Inútilmente quiere el vencedor ocupar el lugar del vencido, bajo la proteccion de un recuerdo de la Tierra-Santa, y otro de Cook: bastan para Santa-Elena la soledad, el Océano y Napoleon.

Si se estudiase la historia de las trasformaciones que han sufrido muchos terrenos ocupados por sepulcros ilustres, por grandes armas, por soberbios palacios, ¡cuánta variedad de destinos descubriríamos, ya que se operan continuamente tan extrañas metamórfosis en las oscuras viviendas que sirven de encierro á nuestra pobre existencia! ¿En qué choza nació Clodoveo? ¿En qué carreta abrió Atila los ojos á la luz del dia? ¿Qué torrente abriga el sepulcro de Alarico? ¿Qué chacal ocupa el sitio de la tumba de oro ó de cristal que encerró los restos de Alejandro? ¿Cuántas veces han mudado de lugar todas estas cenizas? ¿A quién pertenecen los grandes mausoleos de Egipto y de las Indias? Dios solo conoce las causas de tantas mudanzas, estrechamente ligadas con los misterios del porvenir, porque la profundidad del tiempo oculta á los hombres grandes verdades, que únicamente se manifiestan con el trascurso de los siglos, asi como hay á inmensa distancia de la tierra multitud de estrellas, cuya luz no ha llegado todavía hasta nosotros.

EXHUMACION DE BONAPARTE.

El tiempo ha corrido con velocidad al paso que yo escribia las anteriores líneas, produciendo un acontecimiento que pudiera llamarse grande, si los sucesos del dia mereciesen otra calificacion que la miseria en que vienen á parar. Se han reclamado á Londres los despojos mortales de Bonaparte, y se ha concedido la demanda. ¿Para qué queria la Inglaterra aquellos huesos? Pronta está á darnos todos los presentes mortuorios que apetezcamos. Hemos recibido las cenizas del que fue emperador en los momentos de nuestra mayor humillacion: han estado expuestas al registro concedido por el derecho de visita (cuando vivia Napoleon no era tan fácil visitarle); pero el extranjero se ha mostrado generoso, dando un salvo-conducto para e transporte de los grandes restos.

Su traslacion á Francia es una falta cometida contra la celebridad, porque nunca reemplazará al valle de Slane una tumba en París. ¿Quén desea ver á Pompeyo fuera del surco de arena trazado por un pobre liberto con la ayuda de un viejo legionario? ¿Qué haremos de tan magníficas reliquias en medio de nuestras miserias? ¿Representará el mas duro granito la eternidad de las obras de Bonaparte? ¡Si al menos contásemos con un Miguel Angel para que esculpiese su estátua fúnebre! ¿Cómo se levantará el monumento? Para los hombres pequeños suntuosos mausoleos; para los grandes una piedra y un nombre. ¡Si se hubiese al menos colocado el féretro en el coronamento del *arco de triunfo*, para que las naciones contemplasen al que fue su señor sobre aquellas victorias que no lo inmortalizaron! ¿No se veia en Roma la urna de Trajano sobre su columna? Napoleon se confundirá entre nosotros con las cenizas de oscuros cadáveres que nada significan. ¡Dios quisiera que no esté expuesto á las vicisitudes de nuestros trastornos políticos, por muy defendido que hoy se encuentre entre Luis XIV, Vauban y Turena! ¡Ay de esas sacrílegas violaciones tan comunes en nuestra patria! Si triunfa cierto partido de la revolucion, no será extraño que el polvo del conquistador se mezcle con los demás despojos que nuestras pasiones han dispersado: entonces se olvidará al vencedor de los pueblos para acordarse únicamente del opresor de las libertades. Los huesos de Napoleon no reproducirán su genio, pero darán lecciones de despotismo á soldados medianos.

Sea de esto lo que fuere, se ha puesto á disposicion de un hijo de Luis Felipe una fragata cuyo nombre, célebre en los faustos de nuestras victorias navales, la ha protegido en el Océano. Desde Tolon, puerto en que se embarcara tambien Bonaparte para conquistar el Egipto, hizo rumbo el nuevo Argos hácia Santa-Elena para apoderarse de la nada. El sepulcro se elevaba todavía silencioso en el valle de Slane ó del Geranio; uno de los dos sauces llorones habia ya caido, pero lady Dallas, mujer de cierto gobernador de la isla, habia plantado otros diez y ocho y treinta y cuatro cipreses: el manantial refrescaba el valle como cuando Napoleon bebia sus aguas. Se trabajó para abrir el monumento una noche entera bajo la inspeccion del capitan inglés Alejandro, y se encontraron intactas las cuatro cajas embutidas unas en otras, á saber: las dos de caoba, la de plomo y la de hoja de lata, y en seguida se procedió, en una tienda de campaña, al exámen de la momia, en presencia de muchos oficiales, y entre ellos de algunos que habian conocido á Bonaparte.

Cuando se abrió el último ataud, todas las miradas se dirigieron á su fondo, y «encontraron, segun el abad Coquereau, una masa blanquizca que cubria el cuerpo en toda su extension. Al tocarla el doctor Gaillard, reconoció un almohadon forrado de seda blanca, que

guarnecia interiormente la parte superior de la caja, de la cual se habia desprendido, y que cubria el cuerpo como un sudario. Todo el cadáver aparecia sembrado de una ligera espuma, y cualquiera hubiera dicho que se distinguia al través de una diáfana nube. Aquella era, en efecto, su cabeza, que la almohada levantaba un poco, con su ancha frente y con sus ojos, cuyas órbitas se dibujaban bajo los párpados, guarnecidos aun de algunas pestañas; las mejillas estaban hinchadas, la nariz habia padecido bastante, y la boca entreabierta dejaba ver tres dientes de extremada blancura; en todo el rostro se distinguian perfectamente las señales de la barba; las manos sobre todo parecian animadas con el soplo de la vida, pues conservaban la tersura y el color naturales; una de ellas, la izquierda, se notaba mas gruesa que la otra; las uñas habian crecido despues de la muerte; las tenia largas y blancas; tambien una de las botas estaba descosida, y mostraba por su abertura cuatro dedos del pié de una blancura mate.»

El astro eclipsado de Santa-Elena ha vuelto á aparecer en el mundo; el universo ha contemplado por segunda vez á Napoleon, pero este no ha visto ya al universo. Las errantes cenizas del conquistador se han iluminado con las mismas estrellas que le guiaron á su destierro, pero Bonaparte ha pasado por el sepulcro, como por todas partes, sin detenerse. Desembarcado en el Havre, ha llegado al *arco de triunfo*, dosel que refleja los rayos del sol en ciertos dias del año; desde el *arco* hasta los *Inválidos* solo hemos visto columnas de madera, bustos de yeso, una estátua del gran Condé y obeliscos de pino representando la vida del vencedor. Un frio glacial hacia arremolinarse á los generales junto al carro fúnebre, como en la retirada de Moscou. Nada era allí bello, á excepcion de la embarcacion enlutada que acababa de conducir silenciosamente por el Sena á Napoleon y á un crucifijo.

Privado de su catafalco de rocas, Napoleon ha venido á sepultarse entre las inmundicias de París. En vez de navíos que saluden al nuevo Hércules consumido en el monte Oeta, las lavanderas de Vaugirard daran vueltas al recinto en que yace, acompañadas de algunos inválidos desconocidos en el ejército grande. Para preludiar tanta impotencia de miras, los hombres del dia no han sabido imaginar mas que un salon de Curcio al aire libre; asi que, despues de algunos dias de lluvia, nada ha quedado de aquellas ridículas decoraciones. Por mas que se haga, siempre aparecerá en medio de los mares la verdadera tumba del triunfador; nosotros poseemos el cuerpo, y Santa-Elena su fama imperecedera.

Napoleon es el fin de la pasada era; ha hecho la guerra demasiado en grande (tal vez será este el único bien suyo que nos quede) para que vuelva á interesarse por ella la especie humana: ha arrastrado impetuosamente con sus piés las puertas del templo de Jano, y amontonado delante de ellas pirámides de cadáveres para que no vuelvan á abrirse.

MI VISITA Á CANNES.

He pasado por todos los sitios que sirvieron de tránsito á Napoleon despues de haberse fugado de la isla de Elba. Entré en la posada de Cannes al mismo tiempo que se celebraba á cañonazos la conmemoracion del 29 de julio, uno de los resultados de la incursion de Napoleon; que este sin duda no habia previsto. Cuando llegué al golfo Juan, era ya de noche, y eché pié á tierra en una casa solitaria inmediata al camino real: Jacquemin, alfarero y huésped mio, me condujo á orillas del mar, y allí nos extraviamos por sendas desiguales entre los olivares, bajo cuya sombra habia vivaqueado Bonaparte. El mismo Jacquemin habia sido tambien su patron, y entonces era mi guia. A la izquierda del ancho sendero de travesía se encontraba una especie de tinglado, en donde Napoleon, que invadia solo la Francia, depositó los efectos de su desembarco.

Desde la playa contemplé el mar en calma; el débil suspiro del viento no rizaba una sola espuma, y las transparentes olas, semejantes á una finísima gasa, besaban las arenas sin estrépito ni precipitacion. El cielo sereno, ostentado todo el brillo de sus constelaciones, coronaba mi cabeza, pero no tardó la luna en descender y ocultarse detrás de los vecinos montes. En el golfo solo se divisaba una barca anclada y dos botecillos; á la izquierda se distinguia el faro de Antibes y á la derecha las islas de Lerins; enfrente de mí se abria el mar del Sur hácia Roma, adonde Bonaparte me habia enviado en otro tiempo.

Las islas de Lerins, llamadas hoy de Santa Margarita, sirvieron antiguamente de refugio á algunos cristianos que huian de los bárbaros. San Honorato, escapado de Hungría, arribó á uno de sus escollos, subió á una palmera, hizo la señal de la cruz, y murieron todas las serpientes; es decir, espiró el paganismo, y la nueva civilizacion nació en Occidente.

Mil cuatrocientos años despues llegó Bonaparte á terminar esta civilizacion en los mismos sitios en que el santo la habia comenzado. El último solitario de aquellas islas fue el hombre de la Máscara de hierro, si es que realmente ha existido, pero del silencio del golfo Juan y de la paz ofrecida por las rocas á los antiguos anacoretas salió el estruendo de la batalla de Waterloo, que atravesó el Atlántico y fue á morir en Santa Elena.

Ya puede suponerse lo que yo sentiria en aquellos lugares solitarios entre los recuerdos de dos sociedades, entre un mundo extinguido y otro pronto á extinguirse. Abandoné la playa lleno de consternacion religiosa, dejando pasar y repasar á las olas, que hasta ahora no han podido borrar el penúltimo paso de Napoleon.

Al fin de todas las grandes épocas se escucha alguna voz doliente que llora las desventuras pasadas: asi gimieron los que vieron desaparecer á Carlomagno, San Luis, Francisco I, Enrique IV y Luis XIV. ¡Cuánto pudiera yo decir, como testigo ocular de las modernas vicisitudes! Despues de haber encontrado, como yo, á Washington y á Bonaparte, ¿qué me resta ver detrás del carro del Cincinato americano y del sepulcro de Santa Elena? ¿Por qué he sobrevivido al siglo y á los hombres, á quienes he pertenecido por la fecha de mi nacimiento? ¿Por qué no he muerto como mis contemporáneos, últimos restos de una raza extinguida? ¿Por qué he quedado solo para buscar sus huesos en las tinieblas y en el polvo de una inmensa catacumba? ¡Mi valor desfallece porque duro tanto! ¡Ah, si al menos contase con la indiferencia de un anciano árabe, á quien encontré en Africa! Sentados con las piernas cruzadas en una estera, envuelta su cabeza entre lienzos, ocupan los habitantes del desierto las últimas horas de su vida en seguir con la vista, entre el azul del firmamento, al hermoso fenicóptero que vuela hácia las ruinas de Cartago: mecidos por el murmullo de las ondas, olvidan su propia existencia y entonan en voz baja la triste cancion que precede á su muerte.

París 1839.

Revisado el 22 de febrero de 1845.

CAMBIO DEL MUNDO.

Caer de Bonaparte y del imperio á lo que le ha seguido, es caer de la realidad á la nada, de la cima de una montaña á un precipicio. ¿No ha terminado todo con Napoleon? ¿He debido hablar de otra cosa? ¿Qué personaje puede interesar fuera de él? ¿De quién y de qué puede tratarse despues de semejante hombre

Solo Dante ha tenido el derecho de asociarse á los grandes poetas que encuentra en las regiones de otra vida. ¿Cómo nombrar á Luis XVIII en lugar del emperador?

Los mismos bonapartistas se habian replegado: el alma faltó al nuevo universo tan pronto como Bonaparte retiró su aliento, y los objetos se borraron desde que ya no fueron iluminados por la luz que les habia dado el relieve y el color. Al principio de estas *Memorias* solo tuve que hablar de mí, pues hay siempre una especie de primacía en la soledad individual del hombre, en seguida me ví rodeado de milagros, milagros que sostuvieron mi voz; pero ahora ya no hay conquista de Egipto, ni batallas de Marengo, Austerlitz y de Jena, ni retirada de la Rusia, ni invasion de la Francia, ni toma de París, ni vuelta de la isla de Elba, ni batalla de Waterloo, ni funerales de Santa Elena: ¿qué queda pues? ¡Retratos á quienes solo el genio de Moliere podria dar la gravedad de lo cómico!

Al expresarme sobre nuestro poco valer, he estrechado de cerca mi conciencia, y me he preguntado si no me habia incorparado por cálculo á la nulidad de estos tiempos para adquirir el derecho de condenar á los otros, persuadido como estaba *in petto* de que mi nombre se leeria en medio de todas estas cosas borradas. No, estoy convencido de que todos desaparaceremos: primero, porque no tenemos en nosotros de qué vivir; segundo, porque en el siglo en el cual comenzamos ó terminamos nuestros dias, no tiene tampoco con qué hacernos vivir. Generaciones mutiladas, desdeñosas, sin fe, adictas por su amor á la nada no sabrian darnos la inmortalidad, ni tienen poder alguno para crear una fama: cuando acerqueis vuestro oido á su boca, nada oireis, pues ningun sonido sale del corazon de los muertos.

Una cosa, sin embargo, me llama la atencion: el pequeño mundo en el cual entro ahora, era superior al mundo que le ha sucedido en 1830: nosotros éramos gigantes en comparacion de la sociedad de insectos que se ha engendrado.

La restauracion ofrece al menos un punto en el que puede encontrarse importancia: despues de la dignidad de un solo hombre, pasado este, renació la dignidad de los hombres. Si el despotismo ha sido reemplazado por la libertad; si entendemos alguna cosa de independencia; si hemos perdido la costumbre de arrastrarnos; si los derechos de la naturaleza humana no son ya desconocidos, á la restauracion somos deudores de ello.

¡Prosigamos, pues, nuestra tarea! Bajemos gimiendo hasta mí y hasta mis colegas. Ya me habeis visto en medio de mis sueños; ahora vais á verme en mis realidades, y si el interés disminuye, si caigo, suplico al lector que sea justo.

AÑOS DE MI VIDA 1815 y 1816.—SOY NOMBRADO PAR DE FRANCIA.—MI PRIMERA APARICION EN LA TRIBUNA.—DISCURSOS DIVERSOS.

Despues de la segunda entrada del rey y de la desaparicion final de Bonaparte, estando el ministerio en manos del duque de Otranto y del príncipe de Talleyrand, fuí nombrado presidente del colegio electoral del departamento del Loiret. Las elecciones de 1815 dieron al rey la cámara *inencontrable*. Todos los votos me favorecian en Orleans, cuando llegó á mis manos el decreto que me llamaba á la cámara de los Pares. Mi carrera de accion, apenas comenzada, cambió súbitamente de ruta; ¿cuál habria sido, á estar colocado en la cámara Electiva? Es probable que hubiese terminado, en caso de éxito, en el ministerio de lo Interior, en vez de conducirme al ministerio de Negocios extranjeros. Mis hábitos y mis costumbres estaban mas en relacion con la dignidad de par, y aunque esta se me hizo hostil desde el primer momento á causa de mis opiniones liberales, es sin embargo cierto que mis doctrinas sobre la libertad de la prensa y contra el vasallaje de los extranjeros dieron á la noble cámara esa popularidad de que gozó en tanto que sufrié mis opiniones.

Al llegar recibí el único honor que me hayan hecho mis colegas durante mis quince años de residencia en medio de ellos, pues fui nombrado uno de los cuatro secretarios para la legislatura de 1816. Lord Byron no obtuvo mas favor cuando apareció en la cámara de los Lores y se alejó de ella para siempre; yo hubiera debido volver á mis desiertos.

Mi estreno en la tribuna fue un discurso sobre la *inamovilidad de los jueces*; yo elogié el principio, pero atacué su aplicacion inmediata. En la revolucion de 1830, los hombres de la izquierda mas adictos á esta revolucion querian suspender por algun tiempo la inamovilidad.

El 22 de febrero de 1816, el duque de Richelieu nos presentó el testamento autógrafo de la reina; subí á la tribuna, y dije:

—«El que nos ha conservado el testamento de María Antonieta habia comprado las tierras de Montboissier: juez de Luis XVI, habia elevado en medio de esa propiedad un monumento á la memoria del defensor de Luis XVI, grabando él mismo sobre ese monumento un epitafio en verso francés en elogio de Mr. de Malesherbes. Esta sorprendente imparcialidad anuncia que todo está fuera de su sitio en el mundo moral.»

El 12 de marzo de 1816 se agitó la cuestion de las pensiones eclesiásticas, y dije:—«¿Negariais alimentos al pobre vicario que consagra á los altares el resto de sus dias, y concederiais pensiones á José Lebon, que hizo caer tantas cabezas; á Francisco Chabot, que pedia para los emigrados una ley tan sencilla que un niño pudiese conducirlos á la guillotina; á Santiago Roux, que, negándose en el Temple á recibir el testamento de Luis XVI, respondió al infortunado monarca:—«Yo no tengo mas encargo que el de conducirte á la muerte?»

Habian llevado á la cámara Hereditaria un proyecto de ley relativo á las elecciones: yo me pronuncié por la renovacion integra de la cámara de los Diputados; pero solo en 1824, siendo ministro, fue cuando la hice entrar en la ley que vió mi caida.

Tambien fue en este primer discurso sobre la ley electoral cuando respondí á un adversario:—«Yo no realzo lo que se ha dicho de la Europa atenta á nuestras discusiones. En cuanto á mí, señores, sin duda debo á la sangre francesa que corre por mis venas esa impaciencia que siento, cuando para determinar mi voto se me habla de las opiniones colocadas fuera de mi patria; y si la Europa civilizada quisiera imponerme la carta, me iria á vivir á Constantinopla.»

El 9 de abril de 1817 hice en la cámara una proposicion relativa á las potencias berberiscas, y la cámara decidió que habia lugar á ocuparse de ella. Ya pensaba yo en combatir le esclavitud, antes de haber obtenido esa decision favorable de los pares que fue la primera intervencion política de una gran potencia en favor de los griegos:—«Yo he visto, decia á mis colegas, las ruinas de Cartago, y he encontrado entre esas ruinas los sucesores de aquellos infelices cristianos por cuya libertad hizo San Luis el sacrificio de su vida. La filosofía podrá tomar su parte en la gloria unida al éxito de mi proposicion, y envanecerse de haber obtenido en un siglo de luces lo que la religion intentó inútilmente en un siglo de tinieblas.»

Yo estaba colocado en una cámara donde mi palabra se volvia contra mí las tres cuartas partes del tiempo. Una cámara popular puede conmoverse; una

cámara aristocrática es sorda. Sin tribuna, á puerta cerrada, ante viejos restos disecados de la antigua monarquía, de la revolucion y del imperio, lo que salia del tono mas comun parecia locura. Un dia, la primera fila de sillones mas inmediata á la tribuna, estaba llena de respetables pares, mas sordos los unos que los otros, con la cabeza inclinada y teniendo en el oido una trompetilla acústica, cuya embocadura dirigian hácia la tribuna: yo los dormí, lo cual es muy natural. Uno de ellos dejó caer su trompetilla, y despertando su vecino, quiso recogérsela urbanamente, pero se cayó. El mal estuvo en que me eché á reir, á pesar de estar hablando patéticamente sobre no sé qué objeto de humanidad.

Los oradores que triunfaban en esta cámara eran los que hablaban sin ideas, con tono igual y monotono, ó que solo encontraban sensibilidad para enternecerse sobre los pobres ministros. Mr. de Lally-Tolendal tronaba en favor de las libertades públicas, y hacia resonar las bóvedas de nuestra soledad con un elogio de tres ó cuatro lores de la cancillería inglesa, abuelos suyos, segun decia. Cuando estaba terminado su panegírico sobre la libertad de la prensa, llegaba un *pero* fundado en *circunstancias*, el cual *pero* nos dejaba salvo el honor bajo la útil vigilancia de la censura.

La restauracion dió un movimiento á las inteligencias, y libertó el pensamiento comprimido por Bonaparte; el ingenio, como una cariátide descargada de la arquitectura que le encorvaba la frente, alzó la cabeza. El imperio habia herido á la Francia de mutismo; la libertad restaurada le devolvió la palabra: encontráronse talentos en la tribuna que tomaron las cosas donde los Mirabeau y los Cazales las habian dejado, y la revolucion continuó su curso.

MONARQUÍA SEGUN LA CARTA.

Mis trabajos no se limitaban á la tribuna, tan nueva para mí. Espantado de los sistemas que se abrazaban y de la ignorancia de la Francia sobre los principios del gobierno representativo, escribia y hacia escribir *La monarquía segun la carta*. Esta publicacion ha sido una de las grandes épocas de mi vida política; ella me hizo tomar puesto entre los publicistas, y sirvió para fijar la opinion sobre la naturaleza de nuestro gobierno. Los diarios ingleses elevaron este escrito hasta las nubes, y entre nosotros, el abate Morellet no cesaba de hablar de la metamórfosis de mi estilo y de la precision dogmática de las verdades.

La monarquía segun la carta es un catecismo constitucional, y de ella se han tomado la mayor parte de las proposiciones que hoy se presentan como nuevas. El principio de que *el rey reina y no gobierna* se encuentra todo entero en los capítulos cuarto, quinto, sexto y sétimo sobre la prerogativa real.

Exponiendo los principios constitucionales en la primera parte del folleto, examiné en la segunda los sistemas de los tres ministerios que se habian sucedido desde 1814 á 1816: en esta parte se encuentran predicciones verificadas despues y exposiciones de doctrinas entonces ocultas. En el capítulo diez y seis, parte segunda, se leen estas palabras: «Pasa por constante, en cierto partido, que una revolucion de la naturaleza de la nuestra no puede terminar sino por un cambio de dinastía; otros mas moderados dicen por un cambio en el órden de sucesion de la corona.»

Cuando terminaba mi obra, apareció el decreto de 5 de setiembre de 1816: esta medida dispersaba los pocos realistas reunidos para reconstruir la monarquía legítima, y me apresuré á escribir la *Posdata*, que hizo estallar la cólera del duque de Richelieu y del favorito de Luis XVIII, Mr. Decazes.

Añadida la *Posdata*, corro á casa de mi librero, Mr. Lenormant, y al llegar encuentro unos alguaciles y un comisario de policía que se habian apoderado de los paquetes y puesto los sellos. Yo no habia desafiado á Bonaparte para intimidarme por Mr. Decazes; me opuse al secuestro, y declaré como francés libre y como par de Francia que no cederia sino á la fuerza; vino esta, y me retiré entonces. El 18 fuí á casa de Mr. Luis Marthe-Mesnier y su colega, notarios reales, y protestando ante ellos, hice consignar mi declaracion sobre el secuestro de mi obra, queriendo asegurar de este modo los derechos de los ciudadanos franceses. Mr. Baude me ha imitado en 1830.

En seguida me encontré enredado en una correspondencia bastante larga con el canciller, el ministro de Policía y el fiscal general Bellard, hasta el 9 de noviembre, dia en que el canciller me anunció la sentencia dictada en mi favor por el tribunal de primera instancia, la cual me puso en posesion de mi obra. En una de sus cartas me decia el canciller que habia tenido un gran disgusto al ver el descontento del rey sobre mi obra. Este descontento provenia de los capítulos en que me pronunciaba contra la creacion de un ministro de policía general en un país constitucional.

LUIS XVIII.

En mi relacion del viaje de Gante ya habeis visto lo que Luis XVIII valia como hijo de Hugo Capeto; en mi escrito *El rey ha muerto*; *¡viva el rey!* anoté las cualidades reales de este príncipe. Pero el hombre no es uno y simple: ¿por qué hay tan pocos retratos fieles? Porque se ha hecho fijar el modelo á cierta época de su vida, y diez años despues el retrato ya no se parece.

Luis XVIII veia todos los objetos, y todo le parecia bello ó feo, segun el ángulo de su mirada. Atacado por las ideas de su siglo, es de temer que la religion no fuese para el *rey cristianisimo* mas que un elixir propio para la amalgama de las drogas de que se compone la monarquía. La imaginacion libertina que habia recibido de su abuelo pudo inspirar alguna desconfianza sobre sus costumbres; pero él se conocia, y cuando hablaba de una manera positiva, se alababa de ello y se burlaba de sí mismo. Un dia le hablaba yo de la necesidad de un nuevo matrimonio del duque de Borbon, á fin de devolver á la vida la raza de los Condé: el rey aprobó mucho la idea, aunque se cuidaba muy poco de la dicha resurreccion; pero á este propósito me habló del conde de Artois, y me dijo:—«Mi hermano podria volverse á casar sin cambiar en nada la sucesion á la corona, pues nunca tendria mas que segundones: yo nunca tendré sino primogénitos, y no quiero tampoco desheredar al duque de Angulema.»

Egoista y sin preocupaciones, Luis XVIII queria su tranquilidad á todo precio: sostenia á sus ministros en tanto que tenian la mayoría; pero los despedia cuando esta faltaba y podia ser incomodado en su reposo, y nunca vacilaba en retirarse cuando para obtener la victoria le hubiera sido preciso dar un paso adelante. Su grandeza era la paciencia, y jamás iba él á los sucesos, sino que los sucesos venian á él.

Sin ser cruel, este rey no era humano, pues no le sorprendian ni conmovian las catástrofes trágicas. Escusándose el duque de Berry por haber tenido la desgracia de turbar con su muerte el sueño del rey, este se contentó con decirle:—«He dormido bien.» Y sin embargo, este hombre tranquilo entraba en cóleras terribles cuando era contrariado; este príncipe frio, tan insensible, tenia amistades que parecian pasiones, y asi se sucedieron en su intimidad el conde de Avarai, Mr. de Blacas, Mr. Decazes,

Mad. de Balbi y Mad. de Cayla: todas estas personas amadas eran favoritos.

Luis XVIII se nos apareció en toda la profundidad de las tradiciones históricas, y se mostró con el favoritismo de las antiguas monarquías. ¿Se produce en el corazon de los monarcas aislados un vacío que llenan con el primer objeto que encuentran? ¿Es esto simpatía, amistad de una naturaleza análoga á la suya? ¿Es una amistad que les cae del cielo para consolar sus grandezas? ¿Es una inclinacion hácia un esclavo que se da en cuerpo y alma, ante el cual no se oculta nada, esclavo que se hace una idea fija unida á todos los sentimientos, á todos los gustos, á todos los caprichos de aquel á quien ha sometido y á quien tiene bajo el imperio de una fascinacion invencible? Mientras mas bajo é ínfimo ha sido el favorito, menos se le puede despedir, porque está en posesion de secretos que harian ruborizar si fuesen divulgados: este preferido tiene una doble fuerza en su infamia y en la debilidad de su señor.

Cuando el favorito es por casualidad un grande hombre como Richelieu ó Mazarino, detestándole las naciones, se aprovechan de su gloria ó de su poder: entonces solo cambian un miserable rey de derecho por un rey ilustre de hecho.

MR. DECAZES.

Tan pronto como Mr. Decazes fue nombrado ministro, los carruajes invadieron el muelle Malagnais para depositar en el salon del afortunado todo lo que habia de mas noble en el barrio de Saint-Germain. Por mas que haga el francés, nunca será mas que un cortesano, no importa de quién, con tal que sea un poderoso del dia.

Pronto se formó en favor del nuevo favorito una coalicion formidable de necios. En la sociedad democrática, charlad de libertades, declarad que veis la marcha del género humano y el porvenir de las cosas, añadiendo á vuestros discursos alguna cruz de honor, y estais seguro de vuestra plaza; en la sociedad aristocrática, jugad al wisth, presentad con un aire grave y profundo lugares comunes y buenas palabras arregladas de antemano, y está asegurada la fortuna de vuestro genio.

Compatriota de Murat, pero de Murat sin reino, Mr. Decazes nos habia venido de la madre de Napoleon. Era familiar, urbano, jamás insolente, y aunque me queria bien, no sé por qué me cuidaba yo muy poco de ello, y de aquí vino el principio de mis desgracias. El rey le colmó de beneficios y de influjo, y le casó mas tarde con una persona muy bien nacida, hija de Mr. de Saint-Aulaire. Verdad es que Mr. Decazes servia demasiado bien á la monarquía; él fue quien desenterró al mariscal Ney de las montañas de Auvernia, donde se habia ocultado.

Fiel á las inspiraciones de su trono, Luis XVIII decia de Mr. Decazes: —«Yo lo elevaré tan alto, que dará envidia á los mas grandes señores.» Estas palabras, tomadas de otro rey, eran un anacronismo; para elevar á los otros es preciso estar uno seguro de no descender, y en el tiempo á que Luis XVIII habia llegado, ¿qué eran los monarcas? Si aun podian hacer la fortuna de un hombre, no podian ya hacer su grandeza; ya no eran mas que los banqueros de sus favoritos.

Mad. de Princeteau, hermana de Mr. Decazes, era una persona agradable, modesta y excelente; el rey se habia enamoricado de ella en perspectiva. Mr. Decazes, padre, á quien ví en la sala del trono con casacon, espada ceñida y sombrero debajo del brazo, no tuvo sin embargo éxito alguno.

En fin, la muerte del duque de Berry acreció las enemistades de una parte y otra, y produjo la caida del favorito. Ya he dicho que *sus pies se le deslizaron en la sangre*; lo cual no significa, no lo permita Dios, que fuese culpable del asesinato, sino que cayó en la mar enrojecida que produjo el cuchillo de Louvel.

SE ME BORRA DE LA LISTA DE LOS MINISTROS DE ESTADO. —VENDO MIS LIBROS Y MI POSESION.

Me habia opuesto al secuestro de *La Monarquia segun la carta*, para ilustrar á los realistas engañados y para sostener la libertad del pensamiento y de la prensa, y abracé francamente unas instituciones á las cuales siempre he permanecido fiel.

Despues de estas bastardías, me resentí de las heridas sangrientas que se me habian hecho al aparecer mi folleto, y no me fue posible tomar posesion de mi carrera política sin llevar á ella las cicatrices de los golpes que se me asestaron al emprenderla; me encontraba mal, y no me era dado respirar.

Poco tiempo despues, un decreto, que tenia la firma de Richelieu, me borró de la lista de los ministros de Estado, privándome de una plaza tenida hasta entonces como inamovible: dicha plaza se me habia concedido en Gante, y con ella desapareció tambien para mí la pension que disfrutaba; me hirió la misma mano que habia asido á Fouché.

He tenido el honor de ser arruinado tres veces por la legitimidad; la primera por haber seguido al hijo de San Luis á su destierro; la segunda por haber escrito en favor de los principios de la monarquía *otorgada*, y la tercera por haber guardado silencio respecto á una ley funesta, cuando precisamente hacia que triunfasen nuestras armas: la guerra de España reunió las tropas á la bandera blanca, y de haberme sostenido en el poder, hubiera fijado nuestras fronteras en las orillas del Rhin.

Mi naturaleza me hizo completamente insensible á la pérdida de mis pensiones: todo se desquitó con andar á pié y con ir en fiacre, cuando llovia, á la cámara de los Pares. Con mi traje popular, y bajo la proteccion de la gente baja que me rodeaba, entré á disfrutar de los derechos de la clase proletaria, de la cual formaba parte, y desde mi carro desafiaba el soberbio tren de los reyes.

Me vi precisado á vender los libros, y Mr. Merlin los puso á pública subasta en la sala silvestre (calle de Bons-Enfants.) Solo conservé un Homero griego, en cuyos márgenes habia algunas traducciones y notas de mi puño. No tardé mucho en tener que tocar la parte mas sensible, pidiendo al ministro del Interior permiso para rifar mi casa de campo, abriéndose el despacho de números en casa del escribano Mr. Denis. La rifa constaba de noventa billetes, de mil francos cada uno, y los realistas no los tomaron. La señora duquesa de Orleans pidió tres, y uno mi amigo Mr. de Lainé, ministro del Interior, que habia firmado el decreto de 5 de setiembre, y consentido en el consejo que se me borrase de la lista, valiéndose para verificarlo de un nombre supuesto. No habiéndose podido verificar la rifa se devolvieron las sumas á los tenedores de billetes, mas no por eso quiso retirar Mr. Lainé sus mil francos, y se los dejó al escribano para los pobres.

Poco tiempo despues se vendió asimismo mi posesion de Aulnay en la plaza de Chatelet, como se venden los muebles del pueblo bajo. Mucho sentí entonces este suceso, porque tenia una aficion decidida á aquellos árboles, que se habian desarrollado y engrandecido, por decirlo asi, en medio de mis recuerdos. El tipo era de cincuenta mil francos, y fue cubierto por el vizconde de Montmorency, que solo se atrevió á pujar cien francos; quedó, pues, por suya la finca, y la ha habitado despues; pero no es bueno mezclarse con mi suerte.

CONTINUACION DE MIS DISCURSOS EN 1817 Y 1818.

En el mes de noviembre de 1816 continué mis trabajos, despues de la publicacion de *La Monarquía segun la Carta* y la apertura de la nueva asamblea. En la sesion del 23 del mismo mes presenté á la cámara una proposicion, reducida á que se suplicase al rey tuviese á bien mandar que se examinase cuanto habia pasado en las últimas elecciones. La corrupcion y la violencia del ministerio fueron palpables en ellas.

En 21 de marzo de 1817 me levanté contra el título XI del proyecto de ley de hacienda: tratábase de los bosques del Estado, que se querian afectar á la caja de amortizacion, y de los cuales se querian vender al momento ciento cincuenta mil hectáreas. Aquellos bosques se componian de tres clases de propiedades; á saber: de los antiguos dominios de la corona, algunas encomiendas de la órden de Malta, y el resto de bienes de la Iglesia. No sé por qué encuentro hoy un triste interés en mis propias palabras de aquella época: tal vez sea por la analogía que guardan con mis *Memorias*.

«Apesar de las teorías de los que solo han administrado las rentas públicas en tiempos de revueltas, el crédito no es una prenda material, sino la consecuencia de la moralidad de una nacion. ¿Harán valer esos nuevos propietarios los títulos de su reciente propiedad? Se les citará, para despojarles de herencias de nueve siglos robadas á sus antiguos dueños. En vez de los bienes inmuebles, patrimonio en que las familias sobrevivian á las mismas encinas, tendreis propiedades movibles, en que las plantas tendrán apenas el tiempo necesario para nacer y morir antes que cambien de amo. Los pacíficos hogares cesaran de ser los deposisarios de las costumbres domésticas, y perderan su venerable autoridad; tampoco se veran consagrados los caminos de travesía por el sillon del abuelo y la cuna de su nieto.

»Pares de Francia, no defiendo mi causa, sino la vuestra; os hablo en interés de vuestros hijos; en cuanto á mí, nada tendré que disputar con la posteridad, porque no tengo heredero; he perdido cuanto dejó mi padre, y pronto cesaran de ser mios algunos árboles que he plantado.»

REUNION PIET.

Por la semejanza de opiniones, á la sazon muy viva, se habia establecido una especie de amistad entre las minorías de ambas cámaras. La Francia aprendia entonces el gobierno representativo, y como yo cometia la necedad de entenderlo al pié de la letra y de apasionarme de él, sostenia á los que lo adoptaban, sin cuidarme de investigar si no entraban en su oposicion mas motivos humanos que amor patrio, tan puro como el que yo sentia por la carta. No me tenia ciertamente por un simple, pero idolatraba el objeto de mi opinion, y hubiera atravesado una hoguera á fin de salvarlo. Entonces fue, en 1816 y en medio de aquel acceso constitucional, cuando conocí á Mr. de Villele. Estaba mas tranquilo, se sobreponia á su mismo ardor, y pretendia conquistar asi la libertad, pero ponia el sitio en regla y abria metódicamente la brecha; yo, por el contrario, me empeñaba en tomar la plaza de un solo golpe de mano; subia á la brecha, y continuamente me veia arrojado en el foso.

Encontré por primera vez á Mr. de Villele en casa de la señora duquesa de Levis, pues habia llegado á ser el gefe de la oposicion realista en la cámara Electiva, asi como yo lo era en la Hereditaria. Conservaba la amistad de su colega Mr. de Corbiere, que siempre estaba unido á él, y se decia *Villele* y *Corbiere*, como se dice *Pilades* y *Orestes* ó *Niso* y *Eurialo*.

Me parece propio de una vanidad ridícula entrar en pormenores fastidiosos acerca de personas, cuyos nombres nadie pronunciará mañana; creo, pues, que los oscuros movimientos que afectan un grande interés, al paso que á nadie interesan, y el baturrillo de opiniones que no han determinado suceso alguno de consecuencia, deben ocupar únicamente á los dichosos inocentes, que se figuran ser ó haber sido objeto de la atencion de sus semejantes.

Habia con todo momentos de orgullo, en que mis discusiones con Mr. de Villele me parecian como los altercados de Sila con Mario, ó de César con Pompeyo. Continuamente ibamos con los demás miembros de la oposicion á la calle de Teresa, á pasar la noche deliberando en casa de Mr. Piet. Llegábamos de cualquiera manera, y nos sentábamos en un salon iluminado por una lámpara que goteaba. En aquel antro legislativo hablábamos de la ley presentada, de la mocion que debia ponerse en tela de juicio, y del amigo á quien convenia nombrar secretario, ó hacerle entrar en tal ó cual comision. Todos discutiamos á un tiempo, y nos pareciamos bastante á los que formaban las reuniones de los primeros fieles, segun la pintura que de ellas nos hacen los enemigos del cristianismo. Allí se difundian las malas noticias, se aseguraba un cambio en los negocios públicos, trastornos en Roma y desastres en nuestros ejércitos.

Mr. de Villele escuchaba, reasumia y no cerraba las deliberaciones: era allí el verdadero hombre político, y á fuer de marino prudente, nunca se daba á la vela durante la tempestad. Noté muchas veces, con motivo de nuestra polémica acerca de la venta de los bienes del clero, que los mas religiosos eran aquellos que con mas ardor defendian las doctrinas constitucionales. La religion es la fuente de la libertad: en Roma el *flamen dialis* solo llevaba en el dedo un anillo hueco, porque á haber sido macizo, hubiera parecido formar parte de una cadena; tampoco debia tener el menor nudo el pontífice de Júpiter en sus vestiduras ni en su cabeza.

Despues de concluidas las sesiones, se retiraba Mr. de Villele acompañado de Mr. de Corbiere. Yo examinaba á muchos individuos, me enteraba de muchas cosas, y hacia infinitas observaciones interesantes en aquellas reuniones, y asi aprendia, menos lo relativo á hacienda, que ya sabia, todo lo concerniente al ejército, á la administracion de justicia y al gobierno general del país: salia de ellas algo mas hombre de Estado, ó tal vez mas convencido de la pobreza é inutilidad de tan hermosas teorías científicas. Luego en la alta noche contemplaba yo medio dormido las diversas actitudes de aquellas cabezas, y la variada expresion del rostro de aquellos Solones que tan poco cuidaban al parecer de su ornato personal: no cabe duda que su aspecto era venerable; pero yo hubiera preferido oir la golondrina que me dispertaba en mi juventud, y ver las musas que acompañaban todos mis sueños. Los rayos de la aurora que al tocar á un cisne proyectaban su sombra en una ola de oro, y el sol que al levantarse me parecia un nido de fénix suspendido en la copa de la palmera al pié de cuyo tronco lo contemplaba yo en la Siria, me hubieran sido mucho mas gratos.

EL CONSERVADOR.

Conocia que mis combates de tribuna en una cámara cerrada y en medio de una asamblea que me era poco favorable serian inútiles para alcanzar la victoria y que por lo mismo necesitaba otras armas. Establecida ya la censura para los periódicos diarios, solo podia conseguir mi intento por medio de otro semi-cotidiano, en el cual me proponia combatir el sistema del

ministerio y las opiniones de la estrema izquierda, que defendia Mr. Esteban en la *Minerva*. Hallábame en Noisiel, en casa de la señora duquesa de Levis, en la primavera de 1818, cuando fue á verme mi librero, Mr. Lenormant, á quien di noticia del pensamiento que me ocupaba. Lo apoyó con entusiasmo, y ofrecióse á correr el riesgo y á sufragar todos los gastos: hablé en seguida con mis amigos, les pregunté si querian asociarse, consintieron, y no tardó en aparecer el periódico con el título de *El Conservador*.

La revolucion que obró fue inaudita; en Francia cambió la maryoría de las dos cámaras, y en el extranjero transformó el espíritu de los gobiernos.

Los realistas me debieron la ventaja de hacerles salir de la nada, en la cual yacian á vista de los pueblos y de los reyes, y puse la pluma en las manos de las mas grandes familias de la nacion. Convertí en periodistas á los Montmorency y á los Levis; convoqué á la nobleza, é hice que el feudalismo marchase á defender la libertad de la prensa, reuniendo á los hombres mas señalados del partido realista, como Villele, Corbiere, Vitrolles, Castelbajac y otros muchos. Bendecia á la Providencia siempre que veia protegidas las páginas de *El Conservador* por algun príncipe de la Iglesia, ó cuando llegaba á mis manos un artículo con la firma *el cardenal de la Luzerne*. Sucedió, sin embargo, que despues de haber conducido á mis héroes á la cruzada constitucional, no bien conquistaron el poder y llegaron á llamarse príncipes de Edesa, de Antioquía y de Damasco; cuando se encerraron en sus nuevos Estados con Leonor de Aquitania me dejaron abandonado y confundido al pié de los muros de Jerusalen, cuyo sepulcro volvieron á coger los infieles.

Mi polémica dió principio en *El Conservador*, y duró desde 1818 hasta 1820; es decir, hasta el restablecimiento de la censura, á la cual sirvió de pretexto la muerte del duque de Berry. En aquella primera época hice caer el antiguo ministerio, y abrí á Mr. de Villele las regiones del poder.

Despues de 1824, cuando volví á publicar algunos folletos y á escribir en el *Diario de los Debates*, habian cambiado mucho las respectivas posiciones. Pero, ¿qué me importaban aquellas miserias, supuesto que jamás he creido que pertenezco á otra época, que no tengo fe en los reyes ni conviccion en los pueblos que de nada me cuido, á excepcion de los sueños de mi fantasía, á condicion de que solo duren una noche?

El primer artículo de *El Conservador* pinta la situacion de las cosas cuando yo me presenté en la palestra. Tuve ocasion de conocer á fondo la infamia de aquella *correspondencia secreta* que la policía de París publicaba en Londres. Ese género de escritos puede calumniar, mas no deshonrar; lo que es vil no tiene el poder de envilecer; solo al honor está reservada la ventaja de castigar á los hombres con la animadversion pública. «Calumniadores anónimos, les dije: tened valor para decir quiénes sois; la vergüenza pasa pronto para vosotros; añadid vuestros nombres á vuestros artículos, y solo tendremos que despreciar una palabra mas en cada uno de ellos.»

Algunas veces me burlaba de los ministros, y cedia á la propension irónica que siempre me he echado en cara.

En fin, el número de *El Conservador* de 5 de diciempre de 1818 contenia un artículo serio acerca de la moral de los intereses y la de los deberes: de él nació la fraseología *intereses morales* ó *intereses materiales*, que yo adopté y que despues han adoptado todos los escritores. Lo publico hoy algo abreviado, porque se eleva sobre las proporciones de un artículo de periódico, y porque mi razon le adjudica cierto valor. No ha envejecido, pues las ideas que encierra corresponden á todas las edades.

DE LA MORAL DE LOS INTERESES MATERIALES Y DE LA DE LOS DEBERES.

«El ministerio ha inventado una moral nueva; la moral de los intereses: la de los deberes se abandona á los imbéciles. Pues bien, la primera sobre la cual se pretende fundar el gobierno, ha corrompido mas al pueblo en tres años, que la revolucion en la cuarta parte de un siglo.

»Lo que hace desaparecer la moralidad en las naciones; lo que hace desaparecer á las mismas naciones con la moralidad, no es la violencia, sino la seduccion, entendiéndose por esta todo lo que tienen de halagüeño y especioso las falsas doctrinas. Los hombres equivocan muchas veces el error con la verdad, porque cada facultad del corazon ó del entendimiento posee una falsa imágen; la frialdad se confunde con la virtud; el discutir con la razon, lo vacio con lo profundo y asi lo demás.

»El siglo XVIII fue destructor; todos fuimos seducidos, desnaturalizamos la política, y nos perdimos en novedades culpables, buscando la existencia social entre la corrpcion de nuestras costumbres. La revolucion vino á despertarnos, á arrebatar á los franceses de sus lechos y á convertir á estos en cadalsos. Y sin embargo, de todas las épocas de la revolucion, la del terror fue tal vez la menos peligrosa para la moralidad, porque las conciencias eran libres y el crímen aparecia en su desnudez. Orgías entre torrentes de sangre, escándalos, que ya no merecian este nombre por el horror que inspiraban, á esto se reducia todo. Las mujeres del pueblo se establecian para sus trabajos alrededor de la guillotina, lo mismo que en sus hogares; el cadalso reasumia las costumbres públicas, y la muerte el pensamiento del gobierno. Todas las situaciones eran claras, y no se hablaba de *especialidades*, de *cosas positivas*, ni de *sistemas de intereses*. Se decia á un hombre:—»Tú eres realista, noble y rico; pues muere,» y en efecto, moria. Antonelle escribia que aunque no encontraba pruebas contra los presos, los habia condenado como aristócratas ¡Monstruosa franqueza, que no obstante dejaba subsistente el órden moral, porque no perturba la sociedad el inocente cuando muere como tal, sino cuando se le inmola como culpable!

»Aquellos tiempos fueron por lo tanto épocas de grandes sacrificios. Asi se vió entonces á las mujeres dirigirse heróicamente al suplicio; muchos hijos se libertaron por sus padres, muchos padres por sus hijos; introducíanse en las cárceles auxilios inesperados y el sacerdote á quien se buscaba consolaba á la víctima al lado del verdugo, que no lo conocia.

»La moralidad, bajo el régimen del *directorio*, tuvo que combatir mas bien la corrupcion de las costumbres que la de las doctrinas. Los placeres ocuparon el lugar de las cárceles, y se queria obligar al tiempo presente á que adelantase goces para el porvenir, por temor de que volviesen las desdichas pasadas. Como nadie habia tenido tiempo para crearse ocupaciones interiores, todos vivian en las calles, en los paseos, en las grandes tertulias. Familiarizado el pueblo con los cadalsos, nada malo esperaba como consecuencia de su disipacion. Solo se trataba de bailes, de artes, de modas, y se mudaba de adornos y de trajes, como se hubiera abandonado la vida.

»Mandando Bonaparte comenzó la seduccion, pero su remedio se encerraba en sí misma: Bonaparte seducia por el prestigio de la gloria, y todo lo que es grande lleva consigo un prestigio de legislacion: conocia ademas la utilidad de permitir que se enseñase la doctrina de todos los pueblos, la moral de todos los tiempos y la religion de toda la eternidad.

»No hubiera extrañado que se me contestase; fundar la sociedad es un *deber*, porque asi se la eleva sobre una ficcion; colocarla en un *interés*, es establecerla en una *realidad*. Luego el *deber*, es precisamente un hecho, y el *interés* una ficcion: el deber que tiene un orígen divino desciende hasta la familia, en la cual establece relaciones entre padres é hijos; desde allí se divide en dos ramas; arregla en el órden político las relaciones del rey y del súbdito, y organiza el órden moral, la cadena de los servicios y de las protecciones, de los beneficios y del reconocimiento.

»El deber, por lo tanto, es un hecho positivo, supuesto que proporciona á la sociedad la única existencia durable á que puede aspirar.

»El interés, por el contrario, es una ficcion, cuando se le toma, como hoy se hace, en su sentido físico y riguroso, por lo mismo que no es por la mañana lo que es por la noche; por lo mismo que á todos momentos cambia de naturaleza; por lo mismo que tiene toda la movilidad de la fortuna.

»Por medio de la moral de los intereses, cada ciudadano se encuentra en estado de hostilidad con las leyes y el gobierno, porque en la sociedad siempre sufre el mayor número. Ya no se baten los hombres por ideas abstractas del órden, de paz y de patria, ó si lo hacen es porque en ello pueden encontrar *sacrificios*, en cuyo caso abandonan la moral de los intereses y abrazan la de los deberes. ¡Tan cierto es que fuera de estos límites no hay existencia para la sociedad!

»El que cumple con sus deberes conquista la estimacion pública; el que cede á sus intereses es poco estimado. Haced que los hombres políticos solo piensen en lo que les atañe, y solo tendreis ministros corrompidos y avaros, semejantes á aquellos mutilados esclavos que gobernaban el bajo imperio, y que todo lo vendian al acordarse que ellos tambien habian sido vendidos.

»Reflexionad bien que los intereses solo son poderosos cuando prosperan; si la ocasion no les es propicia, se debilitan. Los deberes nunca son tan enérgicos como cuando cuesta cumplirlos. Yo quiero un principio de gobierno que se engrandezca en la desgracia, porque tendrá mucha semejanza con la virtud.

»¿Qué cosa mas absurda que gritar á los pueblos: «No os sacrifiqueis; no tengais entusiasmo; no penseis mas que en vuestros intereses!» Esto seria lo mismo que decirles: «No acudais á nuestro auxilio; abandonadnos, si asi conviene á vuestros intereses.» Con semejante política, llegado que sea el instante del peligro, cada cual cerrará su puerta, se asomará á la ventana, y verá morir la monarquía.»

El 3 de diciembre de 1819 volví á subir á la tribuna de la cámara de los Pares, y hablé contra los malos franceses, que podian acarrearnos, por motivos de tranquilidad, la vigilancia de los ejércitos extranjeros.—«¿Tenemos, por ventura, necesidad de tutores? ¿Por qué se nos habla de circunstancias? ¿Estamos en el caso de recibir, por medio de notas diplomáticas, certificados de buena conducta? ¿Habremos admitido, en relevo de una guarnicion de cosacos, otra guarnicion de embajadores?»

Desde entonces he hablado de los extranjeros como hablé despues de la guerra de España. Yo soñaba con nuestra independencia hasta un punto en que los mismos liberales me combatian. Los hombres opuestos en opiniones meten mucha bulla para llegar hasta el silencio. Dejad que trascurran algunos años, y los actores se retirarán de la escena sin contar con espectadores que los silben ó aplaudan.

AÑO DE MI VIDA 1820.—MUERTE DEL DUQUE DE BERRY.

Acababa de acostarme el 13 de febrero, cuanto entró en mi cuarto el marqués de Vibraye para noticiarme el asesinato del duque de Berry. En su precipitacion no me dijo el lugar donde habia pasado el suceso, y levantándome precipitadamente, me metí con él en su coche. Quedé sorprendido al ver al cochero que tomaba la calle de Richelieu, y mas admirado aun cuando paramos en la Opera, en cuyos alrededores era inmensa la multitud. Subimos por entre dos filas de soldados, que nos dejaron pasar porque llevábamos el uniforme de pares. Llegamos á una especie de antesala pequeña, en la cual estaba toda la servidumbre de palacio, y deslizándome hasta la puerta de una habitacion, me encontré frente á frente con el duque de Orleans. Me sorprendió ver en él una expresion en sus ojos mal comprimida de júbilo, al través del continente contrito que se imponia; ya veia desde mas cerca el trono: mis miradas le embarazaron, y dejando el puesto, me volvió la espalda. Enrededor mio contaban los detalles del crímen, el nombre del sugeto, las conjeturas de los diversos partícipes en el arresto, y todos estaban agitados, porque los hombres gustan de todo lo que es espectáculo, sobre todo del de la muerte, cuando esta muerte es la de un grande. A cada persona que salia del laboratorio ensangrentado se pedian noticias, y se escuchaba al general A. de Girardin, que habiendo sido dejado por muerto en el campo de batalla, no por eso habia dejado de curar de sus heridas: unos esperaban y se consolaban; otros se afligian, y pronto quedó la multitud en el mayor silencio. De lo interior de la sala salió un rumor sordo, y aplicando mi oido á la puerta, distinguí claramente el estertor: cesó el ruido; ¡la familia real acababa de recibir el último suspiro de un nieto de San Luis! Yo entré inmediatamente.

Figúrese un salon de espectáculo vacío, despues de la catástrofe de una tragedia, el telon levantado, la orquesta desierta, las luces apagadas, las máquinas inmóviles, las decoraciones fijas y ahumadas, los cómicos, los cantantes, las bailarinas desaparecidos por los bastidores y pasajes secretos.

En una obra aparte he publicado la vida y la muerte del señor duque de Berry. Mis reflexiones de entonces son aun hoy dia verdaderas.

«Un hijo de San Luis, último vástago de la rama primogénita, escapa á las vicisitudes de un largo destierro; y vuelve á su patria, donde comienza á gustar de la felicidad y se congratula por ver renacer la monarquía en los hijos que Dios le promete. De repente es herido en medio de sus esperanzas, casi en los brazos de su esposa. ¡Va á morir! ¿No podria acusar al cielo, y preguntarle por qué le trata con tanto rigor? ¡Ah, muy perdonable le hubiera sido quejarse de su destino! Porque, en fin, ¿qué mal hacía? Vivia familiarmente en medio de nosotros, en una sencillez perfecta, y se mezclaba en nuestros placeres y consolaba nuestros dolores: ya han perecido seis de sus parientes; ¿por qué matarlo tambien á él, inocente, tan lejos del trono, y veinte y siete años despues de la muerte de Luis XVI? ¡Conozcamos mejor el corazon de un Borbon! Este corazon; partido por el puñal, jamás ha tenido contra nosotros el mas leve murmullo, ni jamás ha expresado un sentimiento de la vida ni una palabra amarga. ¡Esposo, hijo, padre y hermano, presa de todas las angustias del alma, de todos los padecimientos del cuerpo, no cesa de pedir gracia para el *hombre* á quien no llama siquiera su asesino! El carácter mas impetuoso se convierte de repente en el carácter mas dulce. Es un hombre apegado á la existencia por todos los lazos del corazon; es un príncipe en la flor de la edad; es el heredero del mas hermoso reino de la tierra el que espira, y sin embargo, diriais al verle que es un desgraciado que nada pierde aquí abajo.»

El asesino Louvel era un hombrecillo de aspecto sucio y asqueroso, como se ven millares de ellos en las calles de París. Es probable que Louvel no forma